

ñoras; cada uno en su puesto, en su condición, con sus sentimientos y su modo de hablar. Los personajes tienen allí un carácter general, el pobre, el rico, el avaro, el amante, y allí son grandes también los acontecimientos: la muerte, el cautiverio, la ruina. En ninguna parte tropezamos allí con las trivialidades de la novela realista y plebeya. Nuestros niños se saben de memoria a La Fontaine a la manera que los de Atenas recitaban a Homero. Raro grande escritor es en Francia popular: los que son populares no son grandes, y los que son grandes no son populares. Sólo La Fontaine es a un tiempo popular y grande.»

Estos pensamientos son exactos, bien sentidos, y están cuerdamente expresados. Aquí tenemos al verdadero Taine.

No quedamos tan convencidos, señor, de ser verdad lo que decís al final de ese notable estudio vuestro:

«El hombre es un animal de especie superior, que da de sí filosofías y poemas, así, poco más o menos, como los gusanos de seda y las abejas hacen los unos sus capullos y las otras sus colmenas».